

RIVERA, ANTONIO (2021): *20 de diciembre de 1973. El día en ETA puso en jaque al régimen franquista*. Madrid: Taurus. 229 pp. ISBN: 9788430622719.

En los análisis históricos predominan las referencias a los grandes procesos sociales, las tendencias, los movimientos políticos o de otro tipo, a veces algunas personalidades señeras, otras ocasiones grupos más o menos indeterminados que protagonizan los acontecimientos o los sufren. La abstracción es necesaria por la necesidad de establecer marcos inteligibles, que permitan comprender las dinámicas que sigue la evolución de una sociedad.

El procedimiento, imprescindible, invita a minusvalorar la importancia del hecho concreto, en el que se entrecruzan tendencias, decisiones y protagonistas de la historia. El acontecimiento no es un mero dato que pueda perderse entre conceptualizaciones, estadísticas y menciones genéricas. En él se concentra la experiencia histórica. Comprenderlo resulta imprescindible para entender el desenvolvimiento del pasado, que no es abstracto sino producto de decisiones concretas.

Con frecuencia se avisa de que los árboles impiden ver el bosque para establecer la conveniencia de no quedarse en el suceso inmediato, que puede desvanecer la visión de conjunto. Es cierto, pero también resulta imprescindible ver el árbol, no sea que las abstracciones difumen o deformen las realidades concretas.

En el libro *20 de diciembre de 1973* Antonio Rivera estudia un día crucial en la historia de España, con particular incidencia en la del País Vasco.

Ese día ETA asesinó a Carrero Blanco, por entonces presidente del gobierno. Desapareció así el personaje que parecía destinado a pilotar al franquismo después de Franco. Por ello las consecuencias del magnicidio fueron amplias y diversas, si bien en gran medida su valoración resulta especulativa, contrafactual, pues depende de supuestos no verificables sobre la que hubiera sido su actitud: si el mantenimiento a ultranza del régimen, el reformismo cosmético o alguna transición. Rivera hace ver la trascendental importancia del atentado, que cuestionaba la continuidad del régimen, «pero no marcó ninguna línea precisa acerca de lo que lo iba a sustituir».

«El día en que ETA puso en jaque al régimen franquista» es el subtítulo del estudio y es una caracterización atinada. ¿Forzó el final del régimen? ¿El atentado fue decisivo en la democratización? Lo puso en apuros serios, desde luego. Antonio Rivera analiza las interpretaciones que se dieron, por ETA, por los grupos antifranquistas o por las fuerzas del régimen. Las versiones dispares forman parte también de un acontecimiento trascendente pero complejo, pues ha permitido lecturas muy variadas, incluso contradictorias. No han sido siempre inocuas y remiten a la historia del final del franquismo, a la de la transición y a la del terrorismo en el País Vasco, evoluciones cuya historización tiene su propio hilo conductor. ¿Se ajustan a la verdad quienes identifican a ETA fundamentalmente con un movimiento antifranquista? ¿Qué papel tuvo el atentado en la consolidación de la violencia terrorista? El análisis concienzudo de Rivera

sitúa el acontecimiento en la maraña de interpretaciones diversas sobre la variada gama de circunstancias que se entrelazaron en el asesinato de Carrero Blanco. En este caso se constata la formulación a la inversa: el árbol hace que se pueda ver el bosque. Es el análisis de lo inmediato, de cómo se produjo el atentado, qué fuerzas intervinieron y qué respuestas provocó, lo que permite entender una dinámica histórica en la que quedaron enlazados diversos procesos.

El 20 de diciembre de 1973 se produjo el asesinato de Carrero Blanco, sobre el que desde el primer momento se vertieron distintas versiones. Los comunistas suponían la intervención de grandes fuerzas ocultas. El nacionalismo vasco tradicional rechazaba la autoría de ETA, aquello no podía ser obra del «hombre vasco», que tendría otros valores morales. Estuvieron también las inevitables versiones conspiratorias, que tenían campo abonado en un atentado difícil en el que, por distintas razones –algunas casuales–, todo les salió bien a los terroristas. El libro expone cómo se produjo, incluyendo las cuestiones que no quedan del todo claras –¿cómo llegó la noticia de la rutina diaria de Carrero Blanco?-. La organización del atentado, los apoyos que tuvo, las casualidades y la planificación de lo que al principio iba a ser un secuestro quedan debidamente expuestos, como también la difusión pública de los hechos, una vez que se había producido el atentado. El relato ahonda en los elementos clave, rehuyendo una dramatización que realzase a los autores, una tentación frecuente en acontecimientos de este tipo, que los descontextualiza.

Lo más importante: explica por qué y cómo se produjo el atentado, si se prescinde de fantasías imaginativas e idealizaciones.

El 20 de diciembre de 1973 fue crucial desde distintas perspectivas. Está la historia de ETA y del nacionalismo, para la que es una fecha clave. También la forma en que el régimen estaba combatiendo la oposición. Pese a la recuperación de ETA tras el Consejo de Burgos, ninguno de los organismos que combatían el terrorismo «se apercebió lo suficiente de la amenaza que se abatía sobre la segunda autoridad del régimen». La apreciación de Rivera es concluyente: estaban más atentos a la represión que a la seguridad. Quedaba comprometido el destino de un régimen que se deterioraba y que, además de carecer de legitimidad, perdía eficacia, sin comprender la evolución sociopolítica.

La evolución de ETA durante aquellos años queda analizada con precisión. La violencia se convirtió «en un instrumento esencial para generar identidad nacional». De la teorización al atentado contra Carrero media un trecho político y organizativo, que recorre este relato.

Tras el atentado, sus consecuencias. Hay dos perspectivas básicas, el régimen y la oposición, y quedan expuestas en un relato lleno de interés. Para el franquismo, no quedaba claro qué consecuencias concretas tendría la desaparición de Carrero, pero desde luego provocó un caos interno que le fue difícil afrontar. De otro lado, para buena parte de la oposición antifranquista, el atentado cuestionaba la estrategia. La acción terrorista tenía

efectos en los sindicatos que querían ser de masas –la cúpula de Comisiones Obreras iba a ser juzgada ese día– o en la reconciliación nacional que proponía el PCE. Estaba en juego cómo se entendía la lucha, si de forma violenta por acciones individuales o mediante la movilización social.

En ETA no había dudas sobre la respuesta. Puede discutirse la influencia del atentado en el final del franquismo y en el arranque de la transición, pero no en que se consolidó el terrorismo como forma de actuación para el nacionalismo vasco radical. Acabaría convirtiéndose en el último reducto del franquismo, por su esencialismo,

autoritarismo o irracionalidad, que subsistirían en su lucha contra la democracia: arrastró actitudes características del pasado dictatorial.

Resalta Antonio Rivera una cuestión de esta historia que resulta sorprendente. Carrero Blanco, que lo había sido todo en el régimen, se convirtió en «un cadáver incómodo» para todos, sin que nadie lo reivindicara para justificar alguna postura en los estertores del franquismo. Su legado estuvo vacío.

Manuel Montero
Universidad del País Vasco